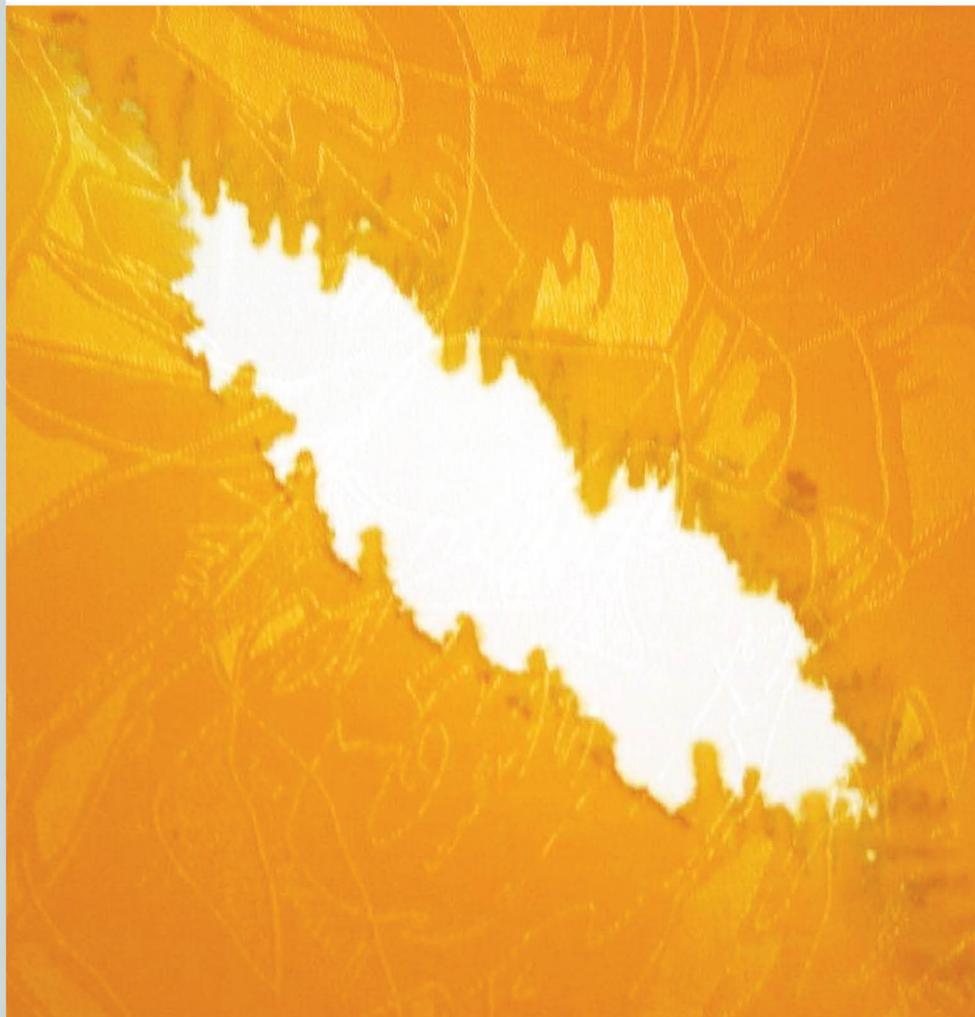


LARS TARRACH

*Distancia Cero*



UN THRILLER CIENTÍFICO SOBRE  
LA TELETRANSPORTACIÓN



Distancia Cero

Lars Tarrach

# Distancia Cero

Una historia de misterio,  
violencia y ciencia

COLECCIÓN  
LITERADURA

Traducción de Javier Ruiz Martín  
Postfacio de Rolf Tarrach Siegel



Primera edición: febrero de 2023

Título original: *Zero Distance: A tale of mystery, violence and science*

© Lars Tarrach Ramoneda, 2023  
© de la traducción: Javier Ruiz Martín, 2023  
© del postfacio: Rolf Tarrach Siegel, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-126587-0-5  
Dep. Legal: M-907-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Seda*, © Maribel Ramoneda, 2023

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# Distancia Cero

*A Kiera y Luna,  
deseando que tengan tanta suerte con sus padres como la he tenido yo*

*«El entrelazamiento cuántico es una acción fantasmagórica a distancia»*

ALBERT EINSTEIN

*«El verdadero problema no es si las máquinas piensan,  
sino si lo hacen los hombres»*

B. F. SKINNER

*FORBES TOWN, METRO MANILA, FILIPINAS, NOVIEMBRE DEL AÑO 2061*

La puerta está abierta, como era de esperar. Ez nunca ha sido una persona suspicaz. Por alguna razón sé dónde vive, aunque no recuerdo haber tenido una conversación al respecto con él. Y aunque tengo muchos recuerdos de él en mi cabeza, son un poco imprecisos, como si solo me pertenecieran parcialmente; es todo bastante confuso, la verdad. Tiene que deberse al síndrome de abstinencia y a la falta de sueño. Lo único que tengo claro es que voy a matarlo hoy, por esto estoy aquí. Asesinaré al que ha sido mi compañero profesional, con el que he compartido sudor y lágrimas durante los últimos veinte años. ¿O acaso fueron solo unos pocos meses? ¿Cómo es que mi memoria está tan borrosa? Hoy no puedo pensar con claridad. Es mejor que me concentre en la razón por la que estoy aquí.

Al empujar la pesada puerta de hierro y entrar en el jardín japonés minimalista, siento un repentino arrebató de odio hacia Ez. ¿Tenía que ser japonés el jardín? No importa, todo terminará pronto, y seré libre de hacer lo que me plazca y de ir al encuentro de... ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué mi mente está hoy tan torpe? Definitivamente necesito dormir, un descanso reparador y libre de sueños, eso será lo primero que haga después de encargarme del viejo de Ezequiel. Cuando empiezo a atravesar el jardín, sé que estoy siendo constantemente escaneado. Incluso los apartamentos de las zonas pobres de la ciudad están llenos de escáneres cerebrales; y este dista de ser un barrio pobre, dista mucho en realidad. Mientras el sistema de vigilancia interna de la mansión realiza rápidamente un control de seguridad de la lista de visitantes preadmitidos, paso por delante de una de esas linternas de nieve tradicionales japonesas. La luz parpadeante, sin duda emitida por una de esas bombillas inalámbricas de fotones múltiples, tan populares entre los aficionados a la jardinería, me recuerda algo que vi hoy, en algún momento, pero no consigo identificar el qué. Dudando, me detengo un momento. ¿Qué estoy haciendo aquí? No reconozco este lugar en absoluto; sé que he llegado estando despierto; aunque el venir aquí no fue una decisión que tomase conscientemente; ahora mismo no logro recordar por qué decidí venir a este lugar, y esto me confunde. De repente percibo un olor a crisantemo y a glicinia, las flores incongruentes y las hierbas tempraneras llenan el jardín con un sutil toque de dulzura. El perfume primaveral me ayuda a recordar por qué motivo estoy aquí; el sutil aroma floral desencadena en mí un inesperado sentimiento de obsesión y de odio; no estoy seguro de quién es el destinatario de esa obsesión, aunque el sentimiento es poderoso y persistente; sin embargo, no hay duda de quién es el blanco de mi rencor. Me acerco a la entrada

de la casa, una gran casa de campo al estilo de las clásicas mansiones inglesas. A Ez siempre le han gustado estas reliquias del pasado.

Siguiendo las instrucciones del sistema de seguridad, la puerta principal de la casa se abre automáticamente en cuanto me aproximo, y paso a un espacioso vestíbulo decorado a la manera tradicional filipina. A la izquierda hay un armario de madera de narra para los zapatos; un gran cuadro que muestra a una mujer ataviada con un *barong*, frente a una cosecha de exuberantes arrozales bajo un sol abrasador; y una suave y colorida alfombra que cubre casi todo el suelo. ¿No es una alfombra india? ¿Qué pinta en una habitación con decoración estilo sudeste asiático? Típico de un nuevo rico: una absoluta falta de gusto, consecuencia de un nivel de ingresos que ha crecido a demasiada velocidad como para permitir una adaptación paulatina de la forma en la que se gasta uno su fortuna. La consecuencia es siempre una mezcla caprichosa de estilos decorativos, amontonados sin ton ni son en un absurdo museo de muebles regionales.

Por alguna razón sé que Ez se halla trabajando en este momento en la biblioteca, que está situada a la derecha, más allá del vestíbulo; otro recuerdo que creo no haber vivido antes pero que tiene un reflejo vívido en mi memoria. Cuando salgo en silencio del vestíbulo y entro en una habitación poco iluminada, con un techo alto que llega hasta la parte superior de la casa, y una ventana con tragaluz que deja que el sol de la tarde proyecte tonos carmesí y mostaza sobre las paredes blancas, mi mirada se posa sobre una mesita en la que hay un pesado tablero de piedra para jugar al Sungka, el juego tradicional filipino. Me sorprende todo lo que la gente rica gasta en equipos de seguridad modernos, detectores de metal y escáneres cerebrales, para luego dejar al alcance de la mano del primer visitante con malas intenciones un bonito y pesado tablero de piedra con el que partirles el cráneo.

Al entrar en la biblioteca, el dulce aroma a almizcle de los libros viejos me invade la nariz. Qué infrecuente se ha vuelto este olor con la llegada de la tecnología de inyección cerebral directa y otros dispositivos modernos de lectura e intercambio de información. Como si la literatura solo consistiera en absorber hechos y datos, en vez de ser una experiencia holística en la que el lector y el libro interactúan de una forma multisensorial, que incluye no solo palabras y frases, sino también la vista, el tacto y el olfato. Este mismo olor es el que mantiene mi mente distraída y me impide escuchar lo que dice Ezequiel Katz, hundido en un sillón que hay al otro lado de la habitación en la que acabo de entrar:

—¿Quién es usted y cómo ha entrado aquí? Esto es una propiedad privada.

Por unos segundos me quedo paralizado, sin saber qué contestar. Ez está sentado junto a un escritorio en el que solo hay una gran pantalla holográfica fluida, flotando a unos veinte centímetros por encima de la mesa de madera y proyectando algunas imágenes que evolucionan dinámicamente. Al entrar yo en la habitación, Ez se ha dado la vuelta y se ha quedado observando con la mirada de alguien que no se puede explicar la situación a la que se está enfrentando. No parece reconocermme en absoluto, no tiene miedo ni está enfadado, solo está sentado, repitiendo obviedades:

—¿Está usted sordo? —insiste obstinadamente—. Esto es una propiedad privada y no puede estar aquí. ¿Le puedo ayudar en algo?

De hecho, yo mismo me sorprendo al darme cuenta de que tampoco lo reconozco. Nunca he visto esta cara antes, y, sin embargo, la conozco, no tengo la más mínima duda de que la persona que está sentada frente a mí es Ezequiel Katz, mi socio durante los últimos veinte años. Sus manos se aferran a los brazos del sillón donde está sentado, como si estuviera a punto de levantarse.

—¡Quédate donde estás, Ez! —mi tono intimidatorio me agrada profundamente—. No te levantes o te haré daño.

Mientras digo esto, inconscientemente balanceo amenazadoramente la pesada tabla de piedra que sostengo en la mano derecha; Ez parece darse cuenta, por primera vez, de que llevo un objeto contundente y potencialmente peligroso. Estoy a varios metros de él, pero me llevaría menos de tres segundos alcanzarle, probablemente el mismo tiempo que alguien de su edad necesita para levantarse de un sillón tapizado tan bajo.

—¿Quién es y qué quiere de mí? —esta vez el temblor en su voz revela un rastro de miedo, lo que me satisface sobremanera.

—Es extraña tu pregunta, Ez, muy extraña. ¿Qué debo hacer al respecto? —mientras hablo, me percato de que me resulta difícil dar una respuesta coherente a su pregunta aparentemente sencilla—. No sabes por qué estoy aquí, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo? —responde, nervioso—. No le he visto a usted en mi vida. Escuche, probablemente le han escaneado una docena de veces desde que entró en el recinto, y, si lo ha hecho con la más leve intención de hacerme daño, la policía estará ya en camino. Será mejor que se vaya ahora, y no lo denunciaré...

—¡Cállate, cállate, cállate! —El odio desenfrenado me hace gritar más fuerte de lo que pretendía. El manual del asesino inteligente no recomienda hacer ruido más allá del estrictamente necesario cuando se irrumpe con intenciones criminales en la casa de alguien—. Deja de fingir que no sabes de qué se trata, deja de interpretar el papel de hermano mayor y de decirme lo que tengo que hacer, como has hecho siempre. ¡Tu condescendencia siempre me ha molestado! Tus consejos sin venir a cuenta, tu paternalismo; no sabes cuántas veces he estado a punto de abofetear tu cara arrugada, Ez... Siempre he tolerado tu arrogancia y tu

patológica necesidad de decir a los demás cómo llevar sus propios asuntos. Pero esta vez has ido demasiado lejos, y no puedo permitir que hagas las cosas a tu manera. Esta vez no.

Sin darme cuenta, mientras hablaba, me he ido acercando lentamente a mi objetivo. Mi ira, desbocada, ha ido creciendo sin control, y las palabras han ido saliendo de mi boca a borbotones. Sinceramente, no estoy seguro de dónde provienen. Todavía no puedo reconocer la cara de este hombre. Lo único que sé es que no puedo controlar mi resentimiento y exasperación respecto a la persona que está sentada frente a mí. Al acercarme, puedo ver los músculos tensos de Ezequiel. Uñas y dedos clavadas ahora en la tapicería de los brazos del sillón; los nudillos blancos como el hueso que esconden debajo debido al esfuerzo y la tensión.

—Realmente no sé de qué me habla, pero estaré encantado de ayudarte en lo que pueda.

Un temblor apenas perceptible recorre ahora sus labios.

—Tuviste la oportunidad de hacer lo correcto y dejar que otros siguieran con sus vidas —gimo; es una plétora de amargura que brota como un chorro de sangre de una herida abierta y profunda—. Pero tenías tu propia agenda, tenías que seguir hasta el final, como siempre. Ahora es demasiado tarde.

—Hablemos, nunca es demasiado tarde. Dígame cómo puedo ayudarle..., por favor.

Sus últimas palabras suenan demasiado a súplica; de algún modo, el ruego de mi víctima desencadena en mí una reacción animal; algo primitivo e incontrolable mana del rincón más profundo de mi subconsciente.

Cuando alzo el tablero de piedra sobre mi cabeza, un lamento gutural sale de la garganta de Ezequiel. Levanta los brazos por encima de los hombros para protegerse la cabeza, a tiempo para de-

tener el primer golpe. Da igual. Cuando el pesado objeto le golpea los brazos, escucho el crujido de los huesos al romperse, y siento un chorro de sangre caliente que salpica mi cara y mi cuello. Ez gimotea en silencio, los brazos colgándole, flácidos, sin fuerza, los radios destrozados en varios puntos. Mientras el tablero de piedra desciende por segunda vez hacia su cráneo, desprotegido esta vez, Ez me mira, y sus ojos no muestran ningún indicio de reconocimiento o comprensión: solo terror.

*ROLAND*

*COMISARÍA DE POLICÍA DE OUTRAM PARK, SINGAPUR*

—Está sudando más que el oso polar que cruelmente mantenemos en nuestro zoológico a pesar del clima tropical del que gozamos aquí, ¿y para qué? —observo sagazmente, sin un ápice de piedad en mi voz, inclinando la cabeza hacia mi compañera Deborah, sola y de pie en una terraza abrasada por el sol, mientras inhala una insípida porción de seudonicotina mierdosa que la dejará satisfecha un par de horas, pero sin atisbo del glamur, la distinción o la satisfacción que solo el apaciguar de una verdadera adicción puede proporcionar—. Realmente no le veo la gracia. Al menos fumarse un cigarrillo tenía cierta connotación histórica: Brigitte Bardot, Winston Churchill... ¿Cuándo fue la última vez que viste a alguien, con alguna relevancia histórica, o al menos una mínima clase, fumar seudonicotina? Y seamos honestos, tan pronto como eliminas la adicción, eliminas parte de la diversión. En los viejos tiempos, los fumadores se divertían enganchándose y luego satisfaciendo sus necesidades. Es cierto que los inhaladores de seudonicotina son tan inofensivos como el aire, pero ¿para qué molestarse? Es como